

puro hábito, por no haberseles ocurrido probar las lejanías insondables del Universo. Una vez que una lo hizo, otras la siguieron. Era muy fácil, para ellas. No necesitaban respirar, ni las afectaban las condiciones adversas del éter y las radiaciones. Como mucho se ablandaban un poco en las zonas de los soles, se endurecían en las picadas bajo cero. Y las distancias no eran un problema. Podían recorrer trescientos mil años luz en un segundo, gracias a la tabicación del tiempo que se había producido cuando se dispersaron. Así que las galaxias las veían pasar como flechas. Bajo los cielos rojos de esos crepúsculos en la nada, las gotas llevaban la organización de la materia, y dejaban boquiabiertos a los átomos y las partículas.

Nadie se aburría en el cosmos. Se diría que en esos abismos vacíos se decidían los resultados de feroces carreras, bólidos luminosos de compleja mecánica, en circuitos sin límites. La oscuridad se abría detrás de biombos de luz pintada en la nada, luz sin sombra pero no sin figuras. Y un solo punto oscuro en los biombos abría nuevos universos que volvían a ser el Universo. Curvas rugientes, haces de luz de los faros barriendo volúmenes de sófano titánico, paredones de nebulosa.

Dos gotas se encontraron en esos términos inconcebibles de lo paralelo. En un planeta lejano, en una bola de gas, en ferias de densidades, una gota proyectaba sombra sobre un suelo de átomos rocosos. Debido a su forma perfectamente esférica, la sombra siempre era igual, estuvieran donde estuvieran los soles y las lunas. Otra gota venía de la dirección opuesta en un cohete. Se comunicaban por micrófono. La sombra de la astronave formaba abanicos de fuelle doble. El cielo negro, con oscuros tirabuzones de helio.

Desembarcaron a explorar. Las dos gotas, encerradas en sus escafandras, se balanceaban en las carorce mil atmósferas densas del planeta Carumba. Parada en el horizonte, en zancos, con collares de perlas, cartera amarilla y la cabellera blanca agitándose en torbellinos de quarks, se hallaba la Perspectiva. Parecía indiferente. No miraba a nadie porque sabía que todos la miraban a ella; era lo que hacían las gotas, embelesadas. Desde que se desprendieran del cuadro, se habían sentido huérfanas de esa bella divinidad. Habrían querido volver a abrigarse pajo sus alas invisibles. Pero ella no las veía. Sus ojos estaban fijos en el más allá. ¿Ese desamparo sería el precio que debían pagar por la libertad que les había permitido llegar tan lejos? Sin saberlo, se habían alineado en una figura de perfecta simetría.

Entonces sucedió algo. Con un trueno se rajó la concavidad negra del éter, y apareció Gravedad, con su capa de plástico carmesí y sus zapatitos en punta. Las gotas se alarmaron, creyendo que iba a caerles encima y aplastarlas; para su alivio pasó por encima de ellas y se posó sobre la línea del horizonte, que se curvó hacia abajo. Perspectiva, que estaba sobre la misma línea, resbaló por ella y cayó en brazos de Gravedad. Él la esperaba con los brazos abiertos y la verga parada. Ella se enchufó justo, como un corazón precipitándose sobre una lanza. Cuando hicieron contacto hubo un ruido a beso y se difundió en todas direcciones una gran luz en líneas, sobre las que se recostaron las constelaciones. ¿Qué había pasado? Simplemente que al encontrarse dos gotas, la Perspectiva, siempre lejana, había tocado su propia cercanía. Y Gravedad, que desde hacía incontables milenios venía esperando esa ocasión, no la dejó escapar. Reconociendo el favor, volvió la cabeza hacia ellas, sin soltar a Perspectiva, y les guiñó un